

como la mano cimbreante del que aun se despide antes de ahogarse en la lejanía. Cuba vive aquí como un recuerdo que todavía palpita). Y es este recuerdo el que aparece con más profunda emotividad en los versos de Alberti, adentrándose en su infancia para darle y revestirlo de ternura, ternura que da la nota suave, como un acompañamiento de sordina, en la briosidad de las estrofas albertianas. Leed ese «Cuba dentro de un piano», en que ni siquiera falta el tono humorístico tan propio de Alberti, ni la virtuosidad musical de las palabras, humorismo mezclado en este caso con una resonancia de angustia: «Pero después, pero ¡ah! después—fué cuando al sí—lo hicieron yes».

Sus reiterados llamamientos a la unificación, que nosotros americanos no debemos cansarnos jamás de repetir, a la deposición de prejuicios raciales, para enfrentar el verdadero peligro. «Los yanquis vienen volando,—urracas azucareras,—urracas que urraqueando—hasta nos están llevando—el aire de las palmeras.—Negro, da la mano al blanco.—Mano a mano,—contra el norteamericano».

Y esta magnífica concreción de la última fase histórica de Nicaragua: «Se fueron ya los marinos.—Los yanquis firman la paz...—pero matando a Sandino». Y termina el libro con el «Yo también canto América», uniendo su voz blanca a la negra de Langston Hughes, poema que debiera recitarse frente a cada corazón americano, que debiera sonar en cada corazón americano, como una corneta de reunión.

Herrera y Reissig en caballo verde para la poesía

«Caballo Verde», afirmado en un prestigio ineludible por la calidad poética de sus colaboradores, galopa en la poesía española, abriendo ancho campo novedoso. Pablo Neruda—jinete de voz a borbotones, como salida de una imprevista cueva de sangre, que dice Alberti—inunda cada vez más su influencia en la joven generación, en la más joven, en la que más promete.

Su caballo de poesía no se conforma con pasear su garbo día a día más luciente, encabrita también los recelosos «cracks» ya fuera de pista, y entusiasmo los ojos de los que entrevén caminos sonoramente deshabitados. Pablo Neruda marcha sereno en su Caballo Verde, recogiendo las voces dispersas del futuro en su alta voz, reconcentrado y prometedor, y al mismo tiempo sosteniendo en las grupas de su caballo los fantásticos «aparecidos» lejanos. Es así como ahora el Número 5, en gran formato, se entrega en homenaje a Herrera y Reissig, señor de la Torre de los Panoramas.

Una curiosa selección de los poemas más representativos de Herrera, un artículo algo olvidado y perdido en el tiempo de Rubén Darío, que supo coger con su sensibilidad de gran poeta la verdadera significación del uruguayo. Un estudio de Ramón Gómez de la Serna sobre el poeta, y luego poemas especialmente sobre él mismo de Neruda, Aleixandre, García Lorca, Petere, Supervielle, Bergamín, Altolaguirre, Gerardo Diego y M. Hernández. Todo ornamentado con dibujos de Luna.

Centenario de Larra

El próximo año de 1937 habrán transcurrido cien años desde la muerte de Fígaro. Larra es figura literaria que no se puede olvidar, que está viva en su obra, en su obra de abnegada comprensión y modificación del ambiente español de principios del pasado siglo.

Su obra renovadora tuvo trascendencia—no hay que olvidar que la generación del 98 partió en su peregrinación literaria con una peregrinación literal a la tumba del humorista suicida—tuvo trascendencia y la tiene: muchos problemas y situaciones señaladas por él, subsisten todavía, felizmente agonizantes. La vieja «Asociación de Escritores y Artistas Españoles» revive de su letargo por un momento y celebra una reunión para preparar la conmemoración del centenario. Se acuerda efectuar